



CAPITULO DECIMO.

Museo Lateranense.—Museo profano.—Museo cristiano.—Galería de pinturas.—Sala de los Concilios.—Misa del Santo Padre.—Peregrinación Suiza.—Audiencia del Santo Padre después de su acción de gracias.—Conclusión.—Visita á los magasineros ó expendio de rosarios.—Agencia de algunos privilegios.

DESPUES que tomamos alimento, y pasadas unas dos horas, determinamos dirigirnos á este precioso edificio donde tantos objetos de arte se encuentran. Hállase dividido en museo profano, museo cristiano y una galería de pinturas.

El profano fué fundado por el gran Pontífice Gregorio XVI en el año de mil ochocientos cuarenta y tres, y últimamente por

el Papa de recuerdos gloriosos Pío IX, fué en gran manera enriquecido. Este departamento está compuesto de diez y seis salas llenas de primorosos trabajos de escultura.

En la primera llama la atención su pavimento que es un mosaico muy antiguo que representa dos hombres que se ejercitan en el pugilato. Entre las preciosidades que tiene, sorprenden al visitante los bajo relieves representando uno de ellos á Jaso y Medea, y otro la escena de dos pugiles que por inteligentes anticuarios, son designados con los nombres de Dares y Entellus. Se encuentra también un busto del Emperador Marco Aurelio. Dos bustos de distintos emperadores, una pequeña estatua de Nemesio. Las estatuas que representan los amores de Diana y Endimión. En el centro de la sala se ve un mosaico que es notable por su antigüedad, pues se encontró en las termas de Caracalla, y no ha sido posible averiguar los años de su construcción.

La mayor parte de los objetos que se encuentran en este departamento fueron trasladados por orden del Sumo Pontífice Pío IX de las salas del Vaticano, pues tuvo especial cuidado en expurgar y arrojar de es-

te lugar todo lo que no fuese muy conveniente, á los ojos de los visitantes, por su poca modestia.

En la segunda sala se encuentra una soberbia colección de fragmentos de arquitectura de los varios edificios del foro de Trajano, cuyos mármoles riquísimos, por cierto, en su cincelado son admirados aun por los inteligentes y peritos en el arte.

Sala tercera: Una bella estatua de Antinoo es lo que más llama la atención en este lugar, la que fué encontrada en Ostia en 1798, y otros trabajos de menor importancia. Una cosa especial debe también mencionarse y es una estatua de Esculapio, que se encontró en el Tivoli.

La Sala cuarta se halla ó se encuentra enriquecida con algunos objetos de suma importancia. Preside esta sala un busto bien formado y muy perfecto del fundador de este museo el gran Pontífice Gregorio XVI. Una soberbia taza de mármol de color, de forma rara, y esculpida artísticamente llama también la atención y fué encontrada cerca del Santuario de la Scala Santa. La estatua de Germánico se encuentra á la derecha. También están las estatuas de Mar-

te y Juno, la primera enfrente y la segunda á la izquierda. Por último, la base de una columna de la Basílica de Julia, se encuentra en esta cuarta sala.

La quinta sala está adornada con un bellissimo ciervo de mármol gris, esculpido, y que fué encontrado junto á la puerta Portese. Otras esculturas también llaman la atención del peregrino, cuales son dos bonitos hermes de faunos, pequeños por cierto, una musa y una vaca, hechos de mármol blanco.

Pasemos ya á la sexta y veremos muchas y varias esculturas, encontradas en el antiguo circo de la ciudad de Cervetri. Entre éstas admíranse dos mujeres y seis hombres, miembros de la familia imperial, dos de los cuales se encuentran mutilados. Una cabeza colosal de Augusto. Las estatuas de gran tamaño, de Tiberio Agripino, Claudio, Druso y Germánico. La cabeza de Británico. Del lado de las ventanas, se encuentra la de Livia. Con razón esta sala se llama de los Césares.

Ahora vamos á llegar á una de las salas que más le sorprende al visitante. Cierta admiración se experimenta al ver la mag-

nífica estatua de mármol que según dicen representa á Sófoeles, famoso orador, teniendo á sus pies un rollo de papeles. Este monumento llama ó exige toda la atención, pues sólo se espera escuchar sus palabras y quedar íntimamente convencidos en vista de sus razonamientos. Este obsequio fué hecho al museo, por la ilustre familia Antonelli. Sátiro danzante. Una colosal cabeza de Ésquilino. La cabeza de Paridi. Un rey bárbaro y Apolo se encuentran representados en otros tantos monumentos ó esculturas.

La octava sala, ostenta un bajo relieve muy hermoso. Hay además otros varios en esta misma que representan diversos hechos. Un guerrillero matado por Apolo. La estatua de Hércules.

En medio de la sala, se ve una bellissima estatua de Neptuno, esculpida por el célebre Porto de Ausio.

En las excavaciones hechas á lo largo de la vía Appia y del Foro, lograronse encontrar varios fragmentos arquitectónicos, que forman ó constituyen el más elegante adorno de la novena sala, donde nos encontramos. Dos están esculpidos con signos árabes, y en los otros se descubren diversos adornos,

Aunque un poco fatigados, seguimos adelante, pues el tiempo era muy corto, pocos días nos restaban de permanecer en Roma y esto era motivo más que suficiente para no dar tregua alguna á los quehaceres, y así es que penetramos á la décima sala.

Es digna de verse con atención. La estatua que se encuentra luego á la entrada y que representa al Amor; es un caballero montado sobre un delfín, y jugando con un ganso. También llama la atención, sobre todo á los anticuarios, pues son de gran mérito, dos basamentos sepulcrales que se encontraron en la Vía Appia, en el pontificado de Gregorio XVI. Hay además otros muchos objetos artísticos, que propiamente pertenecieron al suntuoso y magnífico sepulcro de Ateri, y que se encontraron en la Vía Labicana.

Sala duodécima. Todos los objetos y trabajos que en ésta se encuentran, que ve y admira el visitante, son sepulcros que en la Vía Latina fueron descubiertos en el año de mil ochocientos cincuenta y siete.

En la siguiente hay que admirar varios objetos muy preciosos que contiene, tales

como un sarcófago, cuyos bajos relieves representan la vida de Oreste.

Una colosal cabeza de Augusto. Una pequeña criatura que sostiene en las manos un primoroso racimo de uvas. Tres urnas encontradas en un mismo sepulcro fuera de la Porta Pía, de las cuales dos son preciosísimas obras, y de mucho arte los bajos relieves que la adornan. Cualquier elogio que de ellas pretenda hacerse, de nada servirían para dar á conocer su belleza arquitectónica. En medio de esta duodécima sala se encuentra un altar que de la antigua ciudad de Veio, fué trasladada á este magnífico museo.

Cuatro salas nos faltan solamente para terminar nuestra visita al departamento del museo profano, y tal vez tendremos que dejar pendiente lo restante, porque el tiempo pasa sin darnos cuenta de ello y ya es un poco tarde. Seguiremos aunque brevemente.

Sala décima tercera. Un gran sarcófago se encuentra en medio, el cual fué erigido á la memoria de Cecilio Valliano. Cuatro fragmentos de este famoso y rico pórfido, que fueron encontrados en el vecino arco de

Constantino; y por último, se halla también en este lugar, un bajo relieve que representa á Oreste, tal es el complemento de esta pieza.

Número catorce es el que en el orden progresivo corresponde á esta sala, donde hay un bajo relieve muy hermoso, y de mucho mérito, representa á Orfeo, es lo primero que descubrimos. Un sarcófago de Annio Valerio, encontrado por Casalrotondo se ve después. La colosal estatua de un prisionero bárbaro llama la atención del visitante, en seguida, y por último, una estatua esculpida constituye la riqueza de esta pieza.

Últimas salas; quince y diez y seis:

Muchos y diversos objetos las adornan. Casi sería imposible describir todo lo que contienen; sólo nos ocuparemos de las más principales. Se encuentran sarcófagos, cetros funerarios y urnas; en medio de la última sala se ve la estatua de Attico. Se ve también un nicho dorado con un precioso mosaico que representa á Silvano con su perro.

Después de comer, y en cuya operación nos dimos prisa, seguimos con el museo cristiano, fundado por el inmortal Pontifi-

ce Pío IX. Es de suma y singular importancia, por los sarcófagos que se han encontrado ya en las catacumbas, ya en las basílicas y que se conservan en este lugar. Puede decirse que estos comienzan desde el punto en que principia la escalera de honor. *Vestíbulo*: en este se haya un magnífico sarcófago, cubierto ó teniendo grabadas encima unas bellas figuras, como la resurrección de Lázaro, San Pedro que niega á Cristo, y el Sacrificio de Isaac, etc. etc.

Se ve también un estatua moderna que figura á Cristo, obra de Sosnocosky. Tres mosaicos muy antiguos, uno de los cuales representa á Nuestro Señor Jesucristo con sus Apóstoles: San Pedro y San Pablo, copia de un trabajo muy célebre que se admira en la cripta de San Pedro en el Vaticano.

Corredores. Ahora vamos á llegar al salón llamado de Sixto V, donde admiramos monumentos magníficos, y mármoles esculpidos con mucha ejecución, recuerdos que se remontan á los siglos IV y V, y que representan sus grabados muchas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento. A la derecha se tropieza con el más grande y hermoso sarcófago del siglo IV. Por último,

los bajos relieves representan con mucha exactitud las tres magníficas figuras de la Santísima Trinidad, á Cristo, á la Creación y otros asuntos también religiosos.

Ultimo departamento. *Salas de pinturas.*

—Una poca de paciencia, pues aunque los peregrinos desean descansar un poco, y no volver hasta el siguiente día en que irán á oír la misa del Santo Padre; pero atendiendo que falta mucho que ver, que aun muchos monumentos no han sido visitados, sigamos adelante, comenzando á visitar nueve salas de que se compone este magnífico y riquísimo departamento.

Sala primera.—Un precioso y antiguo mosaico, encontrado por Aventino en el año de mil ochocientos treinta y tres, siendo ejecutado por Eráclito. En esta sala se encuentran los cuadros originales del célebre Descendimiento de Cristo, de Daniel Volterra; los de Santo Tomás de Camuceini y el martirio de San Esteban, de Julio Romano, y otros muchos antiguos mosaicos.

En la segunda sala el adorno principal, y por cierto muy rico, lo viene á formar un hermoso cuadro de la Anunciación, hecho por el caballero D. Arpin. El retrato del

Rey de Inglaterra Jorge IV, obra de Lanrence, regalos que aquel benemérito rey hizo á Pio VII.

Tercera sala. Un grande y precioso mosaico, encontrado en el año de mil ochocientos veinte y cuatro, en las célebres termas de Caracalla, se encuentra en este lugar representando una escena de pugilato, ejecutada con tal maestría, que no es posible al espectador dejar de creer que materialmente está palpando lo que sólo pintado admira.

Cuarta sala. Aquí admiramos durante algunos momentos los preciosos y bien acabados mosaicos, que representan á la Santísima Virgen María, San Lorenzo, San Juan Bautista y otros santos, hechos por Marcos Palmezzano en el año de mil quinientos treinta y siete. La Reina del cielo rodeada de varios santos, ejecutados por un pintor del siglo XV, llamado Carlos Crivelli, admira también el peregrino.

La Santísima Virgen, por Carlos Crivelli, y el Sumo Pontífice Sixto V, de Sassoferrato, se ven en unos hermosos cuadros en la quinta sala.

En la sexta se admira luego una pintura

que representa un bautismo ministrado, según el rito griego, obra del renombrado Gnoecchi. La Santísima Virgen subiendo, ó siendo trasportada á los cielos, obra de Colla de Amatrice en mil quinientos quince, y por último, una figura que representa á la Sagrada familia, hecha por Andrés del Sarto es lo que se encuentra en esta sala.

Pasemos á la séptima y poco nos resta. Calma y adelante, otro poco de tiempo, paciencia y hemos concluido. Una figura de San Juan Bautista bautizando al Salvador, hecha por César de Sexto. Santa María Magdalena, de Lucas Ligorelli. La Anunciación de María Santísima, de Francisco Francia, San Benito y San Lorenzo, de Lucas Ligorelli, la coronación de la Santísima Virgen, de Lippo Lippi. Nuestro Divino Salvador, en forma de niño disputando con los Doctores, de Miguel Angel; son todos ó los principales cuadros que en esta sala se admira, y son de gran mérito artístico.

Octava y novena sala y hemos terminado. Un sacrificio, de Caravaggio, un cuadro que representa distintos santos obras de Antonio de Murano, y la Última Cena, de

Caravaggio, son los interesantes y bellos cuadros que se encuentran en la penúltima sala, así como diversas copias de distintos cuadros de un célebre pintor adornan la última, su mérito no se disputa, y todo es grandísimo y de la más estricta arquitectura.

Hemos recorrido las nuevas salas que tiene el departamento de las pinturas, y que más bien debía llamarse de los sarcófagos, por los muchos bastante raros y de gran mérito que aquí existen.

Nos avisaron que ya era tarde y nos despedimos para marchar á nuestras casas; que digo á nuestras casas; á nuestros alojamientos, pues algo diéramos por estar en ellas, no obstante su humildad.

Arrivedere Signore; hasta el día de mañana.

El lunes 7 de Marzo, día en que la Iglesia celebra la festividad del gran Tomás de Aquino, maestro de las escuelas, es el destinado por el Santo Padre para celebrar su misa, por nosotros y por todos los Mexicanos. Creo, y puede ser que no me equivoque, que el Santo Padre pensó mejor dejar la misa para ese día por ser una fiesta muy solemne. Sea lo que fuere, citados co-

mo estábamos para muy temprano, nos levantamos á buena hora, luego nos aseamos y á las siete, ya nos encaminábamos hacia el Vaticano.

Conforme íbamos llegando presentábamos nuestros boletos para poder entrar. Los guardias, de riguroso uniforme, tenían sumo cuidado en exigirlo. Muchos éramos en esta ocasión pues estaban admitidos también los peregrinos suizos, que en gran número se encontraban en la ciudad de Roma, organizados en peregrinación y en ese día iban á tener la audiencia del Santo Padre, así es que debido á esto estuvimos muy molestos, pues con avidez deseábamos un lugar muy cerca del altar mayor para ver y gozar más de cerca, pero no lo pudimos lograr. Estos asientos estaban reservados para los que iban á ser recibidos en audiencia, razón por la cual, las bancas que estaban más retiradas eran las que nos iban señalando y en las que sin compasión nos acomodaban los soldados á quienes ni hablar podíamos.

En fin, nos contentamos á más no poder y cuando todo estaba literalmente lleno (eran las ocho), el venerable anciano del Vaticano, el sucesor de Pedro, el virtuoso

y santo León XIII dejó verse en su trono y luego comenzaron á revestirlo dando principio á su misa *more Episcoporum*.

¡ Con qué devoción celebraba, Dios mío! Parecía ángel más bien que hombre. Es verdaderamente un santo. ¡ Con cuánta majestad, con cuánta unción y calma iba leyendo el misal! Su voz aun es sonora é infatigable, aunque encorvado ya por su avanzada edad, anda perfectamente y todo lo hace cual se debe: se arrodilla y se levanta aunque con algún trabajo; pero todo lo hace bien. Cuarenta minutos contamos con reloj en mano, fué el tiempo que empleó en celebrar tan augusto sacrificio. Concluida se dirigió luego á su trono y ahí se arrodilló, permaneciendo en esta postura durante todo el tiempo que empleó un sacerdote en celebrar en el mismo altar y en cuyo tiempo dió gracias. No se mueve, ni se sienta, ni manifiesta alguna incomodidad por esta posición. ¡ Ved cuánto pueden, la fe, la virtud, y la santidad! Concluida la misa segunda del padre capellán, y la que supongo no duró veinte y cinco minutos, el Santo Padre se levantó de su trono y no sé si se desayunaría ó tomaría algún alimento,

pues por más que nos fijamos nada vimos. Se sentó en medio del altar y arriba de las gradas, donde colocaron el sillón, y siendo las nueve y minutos comenzaron á acercarse los señores obispos, que presidían esta peregrinación suiza. Era de verse la afabilidad y el cariño con que á todos iba saludando. Se reía, hablaba, hacía cariños y así poco á poco iban aprovechándose para besarle la mano ó el anillo.

Eran ya cerca de las diez, y viendo que ni de su vista gozábamos, ni conocidos teníamos con quién hablar, ni ya objeto alguno, nos fuimos separando paulatinamente, abandonando aquel majestuoso palacio, donde Nuestro Santo Padre habita.

Satisfechos nos retirábamos; pero siempre esperando con ansia el día venturoso en que sólo á los peregrinos mejicanos nos recibiera en audiencia privada y pudiésemos más de cerca verle y contemplar su faz, y hablarle y pedirle quién sabe cuantas cosas. No estaba muy lejano el día y nos conformábamos.

Varios fuimos á ver como agenciábamos algunos privilegios, pues estando tan cerca de la fuente no queríamos separarnos, ni

perder la oportunidad de enriquecernos, si posible fuese con muchas gracias.

Tan luego como el señor doctor lo advirtió nos preguntó qué deseábamos, y cada uno formó una lista muy minuciosa, recurriendo otros al señor Cónsul Angelini quien con suma afabilidad y empeño agenciaba las mercedes y gracias que se le encomendaban. Así, pues, quedaron satisfechos nuestros deseos y esperábamos tan sólo el feliz éxito de nuestras peticiones, y estando casi seguros de ello.

En esto pasó la mañana, y fuimos á dejar al señor doctor á su casa. En la sala en que recibe, estuvimos acompañándole algún rato, haciéndole miles de preguntas y mortificándole demasiado; nos despedimos para volver en la tarde con nuestras mismas molestias

